

PIERRE ROSANVALLON, *Counter-democracy: Politics in an age of distrust*, trad. de Arthur Goldhammer, Cambridge University Press, Cambridge, 2008. 336 páginas.

Para los autores de la llamada literatura del declive<sup>1</sup>, nuestras democracias, tildadas de “electocracias” o “partitocracias”, están en pleno e imparable declive, heridas de muerte desde su propia raíz. La desafección, la indiferencia, la volatilidad y la abstención aparecen, desde este enfoque, como insalvables callejones sin salida. Otros autores<sup>2</sup>, sin embargo, han argüido lo contrario, ensalzando la potencialidad de la *política de la protesta* o *política no-convencional*, de reciente protagonismo, o hablando de “síntomas de cambio” antes que de “síntomas de decadencia”.

En este ensayo, Pierre Rosanvallon<sup>3</sup> escapa a esta dicotomía entre desconfianza y confianza y va mucho más allá. Para empezar, considera que la sedicente pasividad de los ciudadanos contemporáneos no es más que un mito; estos sí están comprometidos: *comprometidos con el rechazo* (pp. 185-186). A partir de ahí, nuestro autor se propone reinterpretar la historia de la democracia y del liberalismo bajo la luz de la constante tensión entre confianza y desconfianza —una tensión ambigua cuyo resultado no está en absoluto prede-

terminado y que incide directamente sobre la calidad de las instituciones—.

Pero no es solo hoy cuando los ciudadanos se muestran recelosos ante el poder y quisieran, por el contrario, sentirse más relevantes y determinantes en la producción de sus *outputs*; Rosanvallon nos muestra que este es un juego intrínseco a la práctica liberal-democrática, y que se fundamenta en la insuficiencia de una política reducida a su expresión electoral-representativa. Un concepto clave en el libro es el de contra-democracia. Con él se refiere el autor al conjunto de contra-poderes que se oponen a los poderes institucionalizados, a los que complementan a la vez que desafían en sus disfuncionalidades. Según Rosanvallon, la contrademocracia es, al tiempo, pre-democrática, democrática y post-democrática: está en el mismo origen de lo político (p. 24). La presencia de este contrapunto a lo largo de la historia, desde la Grecia clásica hasta nuestros días, así nos lo sugiere.

Rosanvallon realiza un seguimiento exhaustivo de los tres contra-poderes democráticos que él considera como básicos, *con-*

<sup>1</sup> Ver al respecto la obra pionera de este enfoque: Kay LAWSON y Peter H. MERKL (ed.), *When parties fail: emerging alternative organizations*, Princeton University Press, Princeton, 1988.

<sup>2</sup> Por ejemplo, Ronald Inglehart, Philippe C. Schmitter, Robert S. Katz y Peter Mair.

<sup>3</sup> El autor es Profesor de Historia Moderna y Contemporánea en el *Collège de France* desde 2001.

*tol, prevención y juicio*: el pueblo-supervisor, el pueblo-veto y el pueblo-juez<sup>4</sup>. A lo largo de este minucioso estudio, hay un hilo conductor vibrante: la *vigilancia popular*. En este punto resulta original su análisis, puesto que desde que Michel Foucault (1926-1984) denunciara la constitución progresiva de una “sociedad de la vigilancia”, progresivamente sofisticada y diseminada, el hincapié ha venido haciéndose en los excesos panópticos del poder establecido a la hora de controlar a la sociedad. Para Rosanvallon, por el contrario, no ha sido suficientemente resaltado el movimiento recíproco: el control que la sociedad siempre ha pretendido ejercer sobre el poder, tanto patrullándolo, como denunciándolo, como evaluándolo.

Sin embargo, su enfoque no se desliga en ningún momento de la lógica dialéctica, y el autor se mantiene totalmente ajeno a las nuevas investigaciones de teoría política que ponen en entredicho la moralidad y la conveniencia de la vigilancia<sup>5</sup>. Rosanvallon no la entiende como aquel reinado omnipresente y omnipotente de metáforas visuales y militantes que vinculan estrechamente luz, lucha y verdad, sino como mera presencia democrática que equilibra y contrapesa. El autor sí realiza una auto-crítica con respecto a su esperanza en los poderes contra-democráticos —desentrañando su lado oscuro: la pura negatividad y el populismo— pero, como decimos, no

de su concepto clave más polémico: la vigilancia es para él, ante todo, una realidad histórica (pp. 83-92).

Una realidad histórica, por lo demás, paradójica: surgió como ideal fisiocrático, para más tarde reformularse como *denuncia* durante la época del Terror y, posteriormente, encarnarse en la opinión pública y la hiper-desarrollada prensa del siglo diecinueve. Y lo curioso es que hoy en día, en la era de la *desideologización*, la vigilancia vuelve a presidir la vida pública, esta vez vía el destape mediático de los escándalos de los políticos individuales. Así se tiende un puente con el pasado: el ideal de transparencia, tan supuestamente actual, entronca con sus antecedentes más explícitamente ideológicos. No en vano la culpa, el pecado, la redención y la verdad objetiva son el capital común de la vigilancia que hoy se personifica, sin duda, en la nueva industria de la evaluación política: un sector hacia el que Rosanvallon muestra su aprecio por su capacidad para atribuir responsabilidades (pp. 74-75).

Esta cuestión nos arrastra a la pregunta de la legitimidad y la representación: ¿quién representa mejor al pueblo? ¿Los poderes establecidos y elegidos indirectamente por él, o los poderes civiles al margen del Estado, el pueblo mismo sin mediación ninguna<sup>6</sup>? Uno de los aciertos de Rosanvallon reside precisamente en

<sup>4</sup> Estas figuras surgen de las limitaciones y frustraciones de una ciudadanía confinada en la mera elección. Del mismo modo, en su obra más reciente, Rosanvallon parte de la insuficiencia de las dos concepciones clásicas de la legitimidad para explicar el surgimiento de otros tres nuevos tipos, a veces al compás de estos mecanismos contra-democráticos que nos ocupan. Pierre ROSANVALLON, *La legitimidad democrática*, Paidós, Barcelona, 2010, *passim*.

<sup>5</sup> Véase, por ejemplo, el trabajo del profesor Javier ROIZ: *Sociedad vigilante y mundo judío en la concepción del Estado*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

<sup>6</sup> Para ampliar esta cuestión, véase: ROSANVALLON, *La legitimidad democrática*, pp. 174-212.

interpretar bajo este prisma los conflictos que se dieron durante la Revolución Francesa y el Bonapartismo entre la prensa y el poder político (*The Pen and the Podium*). De hecho, todos los posicionamientos posibles a favor de un lado u otro de la balanza —instituciones oficiales o sociedad civil— dependerán, en última instancia, de nuestras consideraciones sobre la propiedad y las características de la soberanía: ¿es una, única e indivisible, o es posible su división, su despedazamiento?

Rosanvallón se refiere con buen criterio a Johannes Althusius (1557-1638), quien, rechazando la idea de la soberanía única de Jean Bodin (1529/30-1596), y recuperando el espíritu de las teorías medievales del tiranicidio legítimo, abrió la veda: son múltiples los ejemplos históricos de *partes* de la ciudadanía que niegan o rechazan los postulados de las otras. Rosanvallón llama a este fenómeno “la filosofía de la prevención” (también “política negativa” o “política del veto”), y coincidimos con él a la hora de considerar como paradigmas de la misma a la “soberanía crítica” del movimiento obrero y a la Oposición legitimada<sup>7</sup>.

El caso de la Oposición es especialmente relevante. No podríamos considerar hoy en día que el partido en la oposición tiene un papel institucional substancial —de control, fiscalización y alternativa de gobierno— si no fuera porque aceptamos implícitamente que la soberanía no es una, sino muchas. A partir de François Guizot

(1787-1874) y John Stuart Mill (1806-1873), la Oposición fue reconocida como parte integrante del sistema político, entendido este de forma amplia y dinámica. En otras palabras: se fue reconociendo e institucionalizando el derecho a no estar de acuerdo, a tener una versión *particular* del bien *común*.

Este reconocimiento perdura hasta nuestros días, pero con matices. A decir de Rosanvallón, la política negativa actual ha tomado un camino oscuro y peligroso: en “la era de la desección” o “democracia por sanción”, los ciudadanos, en gran parte desencantados, ya no eligen representantes futuros sino que castigan a sus representantes pasados (p. 173), cayendo en una especie de rebeldía radical de la *accountability* mal entendida en detrimento de la *responsiveness*. Pero esta negatividad —y he aquí una buena noticia— podría mutar, podría constituirse en un contra-poder que no cayera en la banalidad de la estigmatización sistemática. Esto es algo que depende, por supuesto, de los ciudadanos: la prevención les otorga un gran poder que, en buena parte, sustituye a la tan idealizada democracia directa. Ahora bien, cabe recordar que nuestras democracias favorecen a quien se organiza, por lo que la prevención no es espontánea ni es, por tanto, ninguna panacea.

Rosanvallón realiza también aportaciones meritorias en cuanto al tercer contra-poder considerado, el juicio, lo que nos lleva a otra gran cuestión de la ciencia

---

<sup>7</sup> “Everyday opposition remained a reality, conflict became a way of life, and workers understood that they had certain resources at their disposal”. [La oposición diaria siguió siendo una realidad, el conflicto se convirtió en una forma de vida y los trabajadores entendieron que tenían ciertos recursos a su disposición] (p. 155).

política: la de las relaciones entre el poder judicial y el resto de poderes. De nuevo aquí debemos matizar que el autor no se adscribe a los nuevos enfoques politológicos que beben del análisis de Hannah Arendt (1906-1975). Para él, juzgar significa someter la acción a escrutinio, evaluarla racional y razonadamente, para emitir un veredicto puramente conativo que impulse la acción. Pero la pregunta que subyace es: ¿el poder judicial está y/o debe estar separado de los otros dos poderes, el ejecutivo y el legislativo? Lo cierto es que, en la práctica, las fronteras son muy confusas. No solo por la “judicialización de la política” que se da en la actualidad y que, en general, se considera como una patología<sup>8</sup>, sino que se trata de una relación intensa bien antigua; señalemos al respecto los ejemplos de la Grecia del siglo cuarto a. C. y la Inglaterra del siglo diecisiete que describe Rosanvallon (pp. 195-207). También es de destacar el caso del *recall* estadounidense, en cuyo análisis minucioso el lector podrá detenerse. Digamos tan solo que se trata de un recurso, todavía vigente, de control *ex post*, que permite a los propios electores retirar de su cargo a oficiales públicos elegidos por ellos mismos en otro momento. Rosanvallon lo diferencia del referéndum y lo aproxima más al *impeachment*, en tanto que el *recall* es, ante todo, un voto de no-confianza y un juicio, no de principios o propuestas generales, sino de las acciones concretas de determinado individuo. Una especie de autocorrección electoral con el espíritu de las *euthynai* griegas.

Pero la idea de que los electores pueden diferir de ellos mismos o de sus representantes electos se materializa aún en otra institución, cuya naturaleza suele pasar desapercibida: los jurados populares, entendidos como un correctivo de facto a las leyes que aprueba el Parlamento. Esto desemboca en una “democracia dual” que, entroncando con lo que decíamos anteriormente, sigue en la línea de una soberanía múltiple y dividida.

Dedica nuestro autor la última parte del ensayo a analizar lo que él denomina la “democracia impolítica”. El análisis en este punto se vuelve menos pertinente. No entendemos bien el afán de Rosanvallon por demostrar las analogías entre el mercado y la política, a la que dedica buena parte del capítulo; efectivamente, el mercado funciona según control, prevención y juicio, sin ser de naturaleza política, pero esta constatación no aporta demasiado en el contexto de la obra. Sí resulta interesante su consideración de las posibles patologías de estos tres contra-poderes analizados, la negatividad y el populismo, que se caracteriza por exacerbar la sospecha, la denuncia y los juicios crueles a la manera del circo romano.

El contrapoder, por lo demás, siempre es ambivalente y entraña el riesgo de la paradoja: puede otorgar tanto vitalidad como desilusión y caricatura; puede reforzar la democracia, haciendo a los ciudadanos sujetos activos con demandas sociales a defender, o bien contradecirla y denigrarla con pura negatividad. Puede llevar incluso a que la propia democracia se

---

<sup>8</sup> Rosanvallon lo atribuye a la incapacidad del sistema político a la hora de gestionar los conflictos por el cauce político, esto es, según la lógica de deseable/indeseable y no según la lógica de legal/ilegal.

auto-restringa, pues los contrapoderes civiles tienden a definirse en contra de los poderes establecidos (cuando no se trata de oposición sino de complementariedad). En palabras de Rosanvallon: podría ampliarse “la brecha que los contra-poderes tienden a abrir entre la sociedad civil cívica y la esfera política” (p. 253)<sup>9</sup>. Pero lo cierto es que para Rosanvallon los contrapoderes, como decimos, paradójicos, vienen a ilustrar la “indeterminación” de la democracia, su auto-construcción permanente, su inevitable e imparabile “auto-escrutinio” (p. 169).

Para Rosanvallon, la solución —no definitiva, siempre en gerundio— está cla-

ra: hay que *repolitizar* la democracia y huir de lo impolítico. Por impolítico entiende aquellos ámbitos en los que funciona una actitud democrática pero en los que se rechaza la política, el proyecto conjunto al amparo de leyes, instituciones y Estado. En su opinión no hay que olvidar que el papel de la política debe ser el de “producir un mundo inteligible, [pues] es la política quien produce a la sociedad política (*la cité*), ayudándola a auto-representarse (p. 307)<sup>10</sup>.

BERTA GARCÍA FAET

---

<sup>9</sup> “The gap that counter-powers tend to open up between civic-civil society and the political sphere”.

<sup>10</sup> “To govern means to make the word intelligible... Politics produces political society (*la cité*) by helping it to represent itself”.